

Diálogo entre culturas

Pedro Trigo, S.J.

Hoy para buena parte del occidente es verdad la afirmación de Hegel de que el occidente no tiene verdadera exterioridad. Por eso ya no hay propiamente diálogo.



América Latina es la región con mayor desigualdad del mundo: es la misma desigualdad que existe entre el occidente y el resto del mundo. Solucionar una es resolver la otra.

Diálogo entre el sujeto occidental y los contenidos de las demás culturas

El occidente ha practicado asiduamente el diálogo entre culturas en una modalidad muy peculiar: ha fagocitado ávidamente lo que en ellas ha visto de valioso, pero separándolo cuidadosamente de sus portadores. Ha asimilado incesantemente contenidos culturales de la más variada procedencia, pero ha mantenido férreamente la impermeabilidad a nivel de sujetos. Constantemente ha incorporado bienes civilizatorios donde quiera que los encontraba, y ha enriquecido su imaginario con formas, símbolos, relatos y mitos de los pueblos próximos a él o lejanos. La peculiaridad de este diálogo es que su estructura es de sujeto a contenido. Los sujetos extraoccidentales no son tús para el occidente sino únicamente los portadores de esos contenidos que él contempla fruitivamente como un espectáculo u observa analíticamente para desentrañar sus códigos. Así hicieron a lo largo de la historia los viajeros exploradores, desdoblados actualmente en turistas e investigadores; así hicieron los mercaderes y comerciantes ultramarinos y hacen las corporaciones transnacionales.

La diferencia entre entonces y hoy es que para el occidente el diálogo hoy es mucho menos relevante: Ya cree tener fundamentalmente inventariadas las riquezas materiales y simbólicas de todos los pueblos de la tierra, incluso posee con frecuencia las colecciones artísticas más valiosas y los estudios científicos más exhaustivos. Incluso ha filmado las imágenes más impactantes de sus lugares naturales y agrupamientos humanos. Hoy para buena parte del occidente es verdad la afirmación de Hegel de que el occidente no tiene verdadera exterioridad. Por eso ya no hay propiamente diálogo. El acceso a lo extraoccidental se da dentro de occidente, de sus circuitos de producción y consumo. Incluso cuando salen fuera de su territorio, las compañías que los transportan son con frecuencia occidentales, como los hoteles en los que se hospedan o las agencias que programan las visitas y guían a los turistas.

Hoy el diálogo apasionante del occidente se da con el universo, tanto

el sistema planetario como otras estrellas de nuestra galaxia y otras galaxias. Pero este diálogo, tanto a nivel científico como imaginario, también mantiene la estructura de sujeto a objeto: cuando se imagina otros sujetos se los imagina como una proyección de la oposición que él establece entre el colectivo occidental, que son los que saben, los que pueden, los que valen, y los demás colectivos que, aunque posean alguna virtualidad en grado eminente, como conjunto son inferiores y deben permanecer, por tanto, como subalternos.

Esta oposición imaginaria puede caracterizarse como oposición entre cosmos y caos. El occidente es el cosmos: la inteligencia disciplinada que es capaz de precisar sus objetivos y de alcanzarlos; el poder sometido a pesar de todo a la ley y al servicio de lo común, de la democracia; el juego de deseos y pasiones desatadas que como resultado tienden, sin embargo, a lo humano. Ésta es la autoconciencia de sí que posee el occidente. Por contraposición lo demás es para él lo caótico: lo que, a pesar de muchas positividads, no llega a estabilizarse constructiva y dinámicamente, lo que como realidad social no llega, pues, a ser consistente y con sentido.

Esta falta de exterioridad ha llegado a tal punto que hoy el occidente se da el lujo de integrar el caos, de vivir más allá del bien y del mal. El orden que ha logrado es tan dinámico que en él caben todos los contrarios que ya no son tales sino variedades de su riqueza casi inagotable.

En estas condiciones cuando el occidente ha llegado a tal grado de contundencia, de prestancia ¿qué sentido puede tener un diálogo entre culturas? Para la mayoría de los occidentales cultura es sólo la occidental; lo demás son sobrevivencias de antiguas culturas sin prestancia o fuerza bárbara sin cualidad. Lo valioso de esas culturas ya está en sus bibliotecas y museos o integrado a su aparato productivo.

A partir de este horizonte el occidente ha construido un hábitat en su propio territorio y enclaves en los demás. Vive en su mundo y recorre libremente toda la tierra. En este esquema los

demás seres humanos son meras existencias sin esencia, es decir, sin misterio personal, ya que el occidente piensa que posee su ser cultural. No son seres con interioridad; son sólo mano de obra imprescindible o virtuales amenazas, si pretenden irrumpir en su hábitat.

¿Qué decir de esta postura? Ante todo que esta extrema plasticidad del occidente esconde el que nunca sale de su punto de vista. Posee todo, pero desde él; va a todos los sitios, pero desde arriba, sin entrar realmente a ninguna casa, sin develar el misterio de las personas. Lo sabe todo, pero sin salir de sí. No conoce la cara oculta de la luna, la que sólo se muestra por autorrevelación desde una relación horizontal y mutua, desarmada, gratuita. Esta cara oculta no se resuelve en contenidos, es otro modo de conocimiento, otro tipo de experiencia.

Relación de sujetos occidentales con sujetos no occidentales en el ámbito occidental

Pero es que además el occidente va a ser confrontado cada vez más con los sujetos no occidentales, no sólo con sus contenidos interpretados desde occidente. Es totalmente distinto, por ejemplo, leer un libro sobre el culto en las mezquitas que el que exista una mezquita en mi ciudad con su culto vivo. En este segundo caso ya no se da una relación entre sujeto y contenido: son sujetos vivos los que asientan su cultura en el mismo corazón de occidente. El occidente ya no puede limitarse a saborear o utilizar lo valioso de otras culturas para enriquecer su existencia. Ahora en su casa levantan las suyas seres de culturas distintas que vienen a su vez a disfrutar de sus bienes civilizatorios y culturales, pero desde su propio ser cultural que no pasa a ser recesivo sino que se afirma colectivamente en el mismo territorio de los occidentales. Es decir, que el territorio de occidente ya no es sólo de occidentales. No son sólo los occidentales los que van a otras culturas de turismo, de negocios o para investigar. Ahora los no occidentales van a establecerse temporal o permanentemente en el occi-

dente porque en él encuentran medios de vida y también un modo de vivir que enriquece al propio sin sustituirlo.

Precisamente en el momento en que el occidente había cesado en su diálogo con las restantes culturas, porque ya las había inventariado y porque había logrado que se transfirieran a él como mercancías sus productos más cualificados, son los miembros de esas culturas quienes se hacen presentes como mano de obra solicitada o como indocumentados que invaden cada vez en mayor número su territorio.

El occidente no había recibido a estos inmigrantes como seres culturales sino como mano de obra que actúa anónimamente en la producción y que en la vida cotidiana queda confinada en barrios periféricos. Ahora ellos, como residentes que son, comienzan a hacerse presentes en los espacios públicos con los signos de sus propias culturas.

Sería una ilusión creer que los no occidentales van a aceptar las leyes de occidente restrictivas de la inmigración. La diferencia de potencial, es decir, el desnivel entre las posibilidades de vida entre ambos mundos es tan abismal que es imposible que no salte la chispa. Es imposible detener con leyes a esta masa humana deslumbrada por occidente (para unos por sus medios de vida, para otros también por su modo de vivir). El tercer mundo, va a caer, ya está cayendo, sobre occidente. No habrá muralla china que lo detenga. La alambra eléctrica de California está llamada al fracaso. Sólo hay dos modos de contener la avalancha: el primero, las matanzas masivas, y hacia esa dirección se mueve hasta hoy el occidente; el otro, el que el occidente contribuya al desarrollo del resto del mundo con un porcentaje elevado de su producto interno bruto y con un tipo de relación distinta, es decir, horizontal y simbiótica.

Ningún occidental en su sano juicio quiere matanzas masivas; la sola idea le repugna. Pero, si quiere absolutamente su nivel de vida y su identidad, se verá forzado, en contra de su sensibilidad y sus principios, a contratar un cuerpo especializado (presumiblemente de aliados no occidenta-

les, como en el bajo imperio romano) para que realice estos actos con la mayor discreción y limpieza posible. Si no se quiere pagar el precio (no sólo monetario, sino sobre todo de dirección vital) que conlleva el desarrollo del tercer mundo, las matanzas serán sólo cuestión de tiempo.

Las posturas ante la invasión definen al occidente

Ante estos hechos, ante esta invasión cada día menos silenciosa, caben tres posturas: La primera es no darse por enterados, hacerse la vista gorda e ir viendo qué pasa; la segunda, tratar de asimilar a los que están y prohibir la entrada de nuevos emigrantes o admitir sólo a los indispensables con la condición de que se adapten; la tercera, dedicarse al desarrollo del tercer mundo como algo prioritario, más incluso que la conservación del nivel de vida, entendido hasta hoy como nivel de consumo.

Si se asume la primera postura se va formando una sociedad pluricultural. Si esta sociedad no entra en diálogo simbiótico, va a la desagregación, a la descomposición, que a la larga se torna ingobernable y provoca conflictos crecientes. Las naciones europeas se formaron homogeneizando forzosamente a la población. Luego vino la tolerancia, por ejemplo de la religión, en base a la distinción entre lo que se consideraba de dominio privado, que se dejaba al libre arbitrio de cada ciudadano o conjunto, y lo público, que tenía que regirse por lo acordado por la mayoría. Con la privatización actual, lo público ha quedado tan reducido que los Estados están a punto de volatilizarse, con lo que el problema de la convivencia y de la identidad empiezan a subir de tono hasta volverse angustiantes y por eso amenazantes. El método más expedito de resolverlo es el que dio origen a los Estados, pero con contenidos distintos: es la política de la asimilación. Claro está que la asimilación exige un patrón: es la cultura mayoritaria de cada país, cuyo símbolo mínimo es la lengua. Pero es claro que esto exige que la mayoría siga siendo la de los nativos occidentales. Luego se ha de limitar drásticamente la inmigración. Pero aún así, como los inmigrantes ya asentados tienen alta

tasa de natalidad y muy baja los occidentales, con el tiempo la mayoría occidental está en peligro.

Así pues, la primera opción conduce a la segunda. Pero si se instaura una política de restricción drástica y asimilación más o menos forzosa, lo que se logra es un clima de represión creciente, tanto de los que intentan ingresar clandestinamente, como de los que se asimilan superficialmente y cultivan entre sí su propia cultura. El tercer mundo está ya en occidente. Si no se cambian las reglas de juego, el occidente se irá hibridando hasta llegar a ser algo distinto que no sé si podrá seguir llamándose occidente. Pero si la identidad y en definitiva el nivel de vida (que es la verdadera identidad de la dirección dominante que ha tomado el occidente mundializado) se tornan algo absoluto, acabarán por cambiarse las reglas de juego, es decir, se acabará la democracia, esa gran conquista tan lenta, perfectible, pero de indudable valor que el occidente ha logrado para sí y para la humanidad. Acabar la democracia es instaurar un Estado fascista que, además de reprimir brutalmente a los ciudadanos no occidentales, no considerados ya ciudadanos, pero necesarios sin embargo, se va a tener que dedicar de un modo creciente a impedir a sangre y fuego que ingrese a su territorio ese incontable ejército de reserva que son los desheredados del mundo.

Sólo queda la tercera opción, que comprende dos posturas que se alimentan mutuamente: hacia el interior, un diálogo simbiótico entre las culturas que ya están (no se puede decir que conviven) en el occidente; hacia el tercer mundo, dedicación de una gran parte de sus recursos materiales y humanos para el desarrollo del tercer mundo. Es claro que esto segundo sólo será eficaz si se establece un diálogo en el que tanto el tercer mundo como el occidente sean sujetos. Éste es el diálogo que es preciso entablar en el propio occidente. Por eso decíamos que son dos aspectos que se imbrican. Es una opción tremendamente innovadora. Para mí es la gran oportunidad para occidente: oportunidad de relanzar su creatividad, enervada por el circuito empuñador del consumismo.

Opción entre nivel de vida y reconocimiento

Ya no se pueden desligar los contenidos culturales de sus portadores vivos; ellos están presentes y no minoritariamente sino como multitud, multitud que tiende a desbordar a los occidentales en su propio territorio. Este panorama aparece para la mayoría del occidente como una amenaza insostenible. Si no se cambia esta apreciación y no se lo ve como oportunidad creativa, se adoptará una actitud represiva que desembocará en un estado de violencia permanente, y por tanto, de extremo endurecimiento. En ese horizonte no cabrá ya más lo que ha constituido el aporte de occidente: la cultura de la democracia, el cultivo de los derechos humanos, la tolerancia, el humanismo. Todo se sacrificará a la compulsión por defender el nivel de vida alcanzado. Si se admite, en cambio, la existencia de esa mayoría de la humanidad perteneciente a otras culturas, si se asume la responsabilidad para con ellos, si se camina hacia una relación simbiótica que incluya la utilización de un porcentaje no residual sino sustantivo de sus recursos para su desarrollo, el occidente podrá dar un salto cualitativo en calidad humana y en creación de riqueza.

Hay que reconocer que la dirección dominante de esta figura histórica va hacia el desconocimiento de los demás pueblos y la represión para que no invadan el propio territorio. Pero el grado de madurez y conexión alcanzado por las minorías hace concebir esperanza en que esta dirección pueda revertirse.

Coda latinoamericana

El problema de los occidentales respecto a las demás culturas es básicamente el mismo que el de los occidentales americanos respecto de los demás conciudadanos. América Latina es una región constitutivamente multiétnica y pluricultural. Pero la mayoría de los occidentales (tanto los étnicamente occidentales como los mestizos occidentalizados), que constituyen la capa dominante, no reconocen a las demás etnias y culturas. Como estos occidentales y occidentalizados controlan el Estado, no existe un Estado de derecho. La inexis-

tencia de un Estado de derecho dificulta enormemente el proceso hacia un estado de derecho. El que los dirigentes del Estado y de otras macroinstituciones, que pertenecen a la cultura occidental, se resignen a la minoría permanente de los demás es uno de los problemas mayores para caminar hacia el desarrollo humano, ya que esta actitud conlleva el que no se arbitren planes para ese desarrollo y el que los recursos que se destinan a los sectores populares no tengan controles de calidad porque en el fondo no se espera que pueda llegar a alcanzarse. No existen relaciones horizontales y simbióticas entre los occidentales dominantes y los demás conciudadanos. Los occidentales se consideran a sí mismos representantes natos de todos y no los toman en cuenta a la hora de planificar sobre sus necesidades y aspiraciones porque creen conocerlas e interpretarlas mejor que lo que ellos mismos se conocen. Es claro que necesitan para todo de los no occidentales, pero siempre como subalternos y de modo que no interfieran en su mundo de vida, en el que sin embargo también han estado siempre como servicio de confianza. Con esa mentalidad no cabe pensar que lideren un proceso de desarrollo para el continente. Y sin embargo, ellos componen todas las comisiones encaminadas a ello. Así no hay salida.

América Latina es la región con mayor desigualdad del mundo: es la misma desigualdad que existe entre el occidente y el resto del mundo. Solucionar una es resolver la otra. Hasta ahora el occidente ha dado signos de ver el problema de América Latina con mayor claridad que los occidentales americanos; pero cuando se ha presentado una solución en serio, es decir, hacia unas relaciones estructuralmente más simbióticas, en definitiva el occidente ha acuerpado a los occidentales para impedir el cambio. El occidente tiene que percibir que su problema es el mismo que el de los occidentales respecto de los demás latinoamericanos. Entre nosotros se dan las mismas alternativas y está planteada la misma opción de fondo. Por eso debería estar vivamente interesado en que se resuelva satisfactoriamente.

Gracias a Dios, también en América Latina tenemos que decir que existen minorías entre los occidentales y

occidentalizados que por sus relaciones simbióticas basadas en el reconocimiento con sus conciudadanos occidentales hacen concebir esperanza fundada en que podemos lograr un estado de derecho. Es el momento de establecer redes entre los interesados en esta dirección de América Latina y del occidente desarrollado. Así podrá llegarse a un diálogo intercultural basado no en el esquema de sujeto a contenido, tradicional en el occidente, sino en el de sujeto a sujeto. Sólo así evitaremos la catástrofe y pondremos al mundo en una era de creatividad humanizadora.

Pedro Trigo, S.J.

Teólogo. Miembro del Consejo de SIC